

La música para 2010: Chopin, Schumann, Gustav Mahler

Pablo Espinosa

Las efemérides musicales de 2010 girarán en torno a un valor cultural cuya evolución es clara en tres de los compositores que serán más celebrados en los próximos doce meses.

El romanticismo, desde sus simientes en el *Sturm und Drang* hasta su puesta al límite justo antes del rompimiento de esa línea, circula como savia, como sangre, en la obra de Robert Schumann, uno de los artífices del romanticismo y de quien se cumple su bicentenario, también en la personalidad entera de Frédéric Chopin, representante del romanticismo en estado puro, que será festejado en bicentenario, y en Gustav Mahler, el máximo representante del posromanticismo y quien será sesquicentenario pronto y formó el preludeo a la Segunda Escuela de Viena, con Schoenberg, Berg y Webern al frente y la disolución de la tonalidad, el surgimiento del dodecafonismo, el serialismo, la atonalidad en pleno.

Las conmemoraciones de las efemérides forman motor en el mundo de la música. Guían a programadores de temporadas de conciertos, reactivan la industria del disco con ediciones especiales dedicadas a esos autores, y sobre todo animan la evolución del gusto musical, el crecimiento de los públicos, ponen al día modos de entender el mundo. Ejemplos recientes: el bicentenario de Mozart, en 2006, reavivó el furor mundial más allá de los chocolates, los licorcitos, los *posters*, las *t-shirts* y demás monerías: armó una fiesta planetaria para regocijo de la humanidad entera. Puso sonrisas en los rostros de todos, melómanos o no. Porque uno dice Mozart y sonrío.

El caso de Olivier Messiaen, cuyo centenario festejamos en 2008, puso en primer plano a un autor que de otra manera difícilmente gozaría de tantos reflectores, en tratándose de música contemporánea,

es decir, de un asunto que era hasta entonces repulsivo para el supuesto “gusto” musical de las mayorías, tan recalcitrantes en los repertorios manidos, en la falta de aventura. La atención sobre Messiaen fue acompañada, meses adelante, por un interés desbordado, sorprendente, por Karlheinz Stockhausen, György Ligeti, Arvo Pärt, György Kurtág, Giya Kancheli y una pléyade de autores muy recientes, tres de ellos aún vivos (Pärt, Kurtág, Kancheli), lo cual acusa un avance cultural.

La inmensa franja de producción de todo el siglo XX empieza entonces a tomar su sitio en las salas de concierto, en las producciones discográficas y sobre todo en el verdadero gusto musical de los públicos crecientes.

En las efemérides por venir, resultará nuevamente obvia la supremacía de popularidad de la que disfruta, a doscientos años de distancia, el todavía joven Chopin, cuya música es saboreada, paladeada, acariciada con vehemencia por generaciones y generaciones.



Frédéric Chopin

Un referente muy divertido de la magia de Chopin es la película que filmó Charles Vidor en 1945, *A song to remember*, titulada en español *Canción inolvidable* (cuyo mote entre melómanos retozones es: *Calzón inoxidable*): por su contenido trepidante, hacía patallar de emoción al público en los viejos cines de pueblo, o de ciudades pequeñas.

El menos favorecido del trío mencionado en el primer párrafo de este texto es desde luego Robert Schumann, romántico entre los románticos y cuyas sinfonías suelen atraer taquilla, aunque nunca comparada con el rey del *Sturm und Drang*: Beethoven.

Schumann es autor de música de cámara exquisita y es lo deseable de su próxima efeméride: que vuelva a florecer en las salas de concierto ese florilugio espléndido.

Schumann es, junto con Chopin, el prototipo del artista / músico del romanticismo. Es también el músico más intelectual de ese movimiento.

Así como Chopin renueva la técnica pianística y las formas melódicas para el instrumento, Schumann aporta, a la música para piano, la profundidad y la intelectualidad; es tan intelectual como hermosamente humano.

El caso de Gustav Mahler amerita, merece espacio, atención, análisis, incluso chacota. A estas alturas, finales de 2009, pasó ya de ser un autor desconocido a un autor de culto, un rey emergente de taquilla. Se cumplió ya su profecía: “mi tiempo llegará”. En México debemos, entre otras muchas honras, a Eduardo Mata (1942-1995) el conocimiento de la música de Mahler. Como no existen las casualidades, dentro de pocos días, el 4 de enero, se cumplirán quince años de la muerte de Eduardo Mata, pérdida que la cultura mexicana no termina de asimilar. La orfandad se nota no sólo en la ausencia de batutas mexicanas verdaderamente sólidas, sino en la ausencia de una política cultural valedera. Eduardo Mata no solamente formó a varias generaciones de melómanos. También consolidó un repertorio amplísimo, novedoso, equilibrado. Si al final de sus días regresó a sus dos baluartes, Bach y Mozart, con la música de Gustav Mahler abrió ventanas amplísimas a la sociedad mexicana. Más que una ficha hemerográfica, más allá de ubicar quién fue el primero cronológicamente en dirigir

Mahler en México, le debemos el conocimiento, el amor por la música de Mahler a Mata, por su manera de mostrarlo, interpetarlo, entregarlo a quienes tuvimos el privilegio de presenciar sus conciertos. Mahler completo en México: Palacio de Bellas Artes, 1975, un ciclo integral, organizado y dirigido en su mayor parte por Eduardo Mata: estuvo a la batuta en las *Sinfonías 3, 4, 8, 9* y en *La canción de la Tierra*.

Muchas improntas. Vale mencionar una como botón de muestra: principios de la década de los ochenta: Palacio de Bellas Artes, un mediodía de domingo. Eduardo Mata vestido de blanco dirige *La canción de la Tierra* de Mahler. Los cantantes solistas son Alfreda Hudgson y John Mitchinson, quienes por cierto cantan en un disco privilegiado con la batuta de Horenstein, grabado en una fecha muy cercana a la versión mexicana, de manera que venían en estado de gracia. En cuanto suena el arpa se abre un sendero blanco, brillante, luminoso. Traspasado ese umbral, su figura, vista desde las butacas del segundo piso, se empieza a divisar como se mira el mundo desde el interior de un automóvil en plena lluvia. Lágrimas, latidos. Tremor del alma. Cuando suena el verso final: *Ewig* (eternamente) y las últimas notas se desgajan, el público termina por romper en llanto y en aplausos. A lo lejos se escuchan gritos de jóvenes en éxtasis: ¡Mataaaaa! ¡Maaataaaa! Como si se tratara de una estrella de *rock*, de un *crack* del fútbol, de un héroe de novela quien desde el podio y a lo lejos sonreía profundamente conmovido. Maestro. Un maestro de éstos que marcan, dirigen, definen trayectorias, vidas. La sencillez, bonhomía, generosidad del maestro Mata lo hacía detenerse, al día siguiente de ese concierto, a platicar a media calle con un jovencito imberbe que lo invocaba:

—Es que en el momento en que usted marcó la entrada ayer al arpa, se abrió un umbral. El contacto con lo divino lo divisamos todos, lo palpamos —aventuraba el jovencuelo.

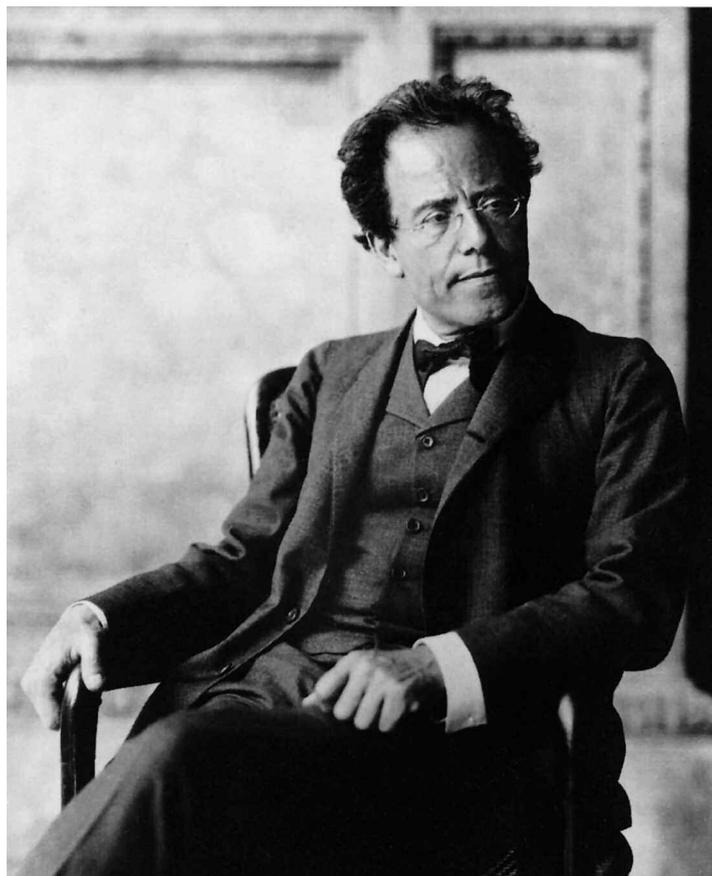
—Cierto, Mahler utiliza el arpa para eso, para abrir umbrales hacia lo divino —contestó el maestro al autor de este texto.

Con los años, las obras mahlerianas pasaron a formar parte del conocimiento de unos cuantos. Entre el esnobismo y el verdadero amor, era mencionado como *pedigree*, referente prestigioso por igual que entre iniciados era y sigue siendo un tema candente, inagotable. Se enciende, inmensa, la hoguera de la pasión cada vez que suena la música de Mahler, cada vez que es mencionado, incluso.

Hace décadas era también motivo de chacota: si una tarde viendo una telenovela, uno podía ejercer el entonces naciente deporte del *zapping*, pasar cansinamente los canales de televisión en busca de algo interesante, que nunca había, y detener de manera inevitable el dial en una telenovela, no porque el galán y la galana en turno, que encarnaban a Roberta Francisca Fortunata, enamorada de Polencio Valencia y Bobadilla, si es que hubieran tenido el tino de contratar como guionista al maestro Gabriel Vargas, artífice de *La familia Burrón*, estuvieran en tono tal que Audrey Hepburn y Orson Welles palidecerían ante actores tan notables, sino porque la banda sonora de la tal telenovela repetía, cada vez que las gotas de colirio Eye-Mo saltaban sobre las mejillas de Roberta Francisca Fortunata y Polencio Valencia y Bobadilla esgrimía en el aire tremendo conato de soplamocos, bofetada, misoginia, repetía y repetía la tal banda sonora un pasaje ¡de la *Primera Sinfonía* de Mahler!, ¡sopas de perico!, ¡geniales, los productores! El pasaje: los primeros compases, *attaca*, la transición entre el tercero y el cuarto movimientos de la *Sinfonía Titán*. El productor en turno leyó tal obra como si se tratase de “La repentina explosión de un corazón profundamente herido”, uno de los temas programáticos de la *Cuarta sinfonía* de Chai-kovski, un autor ése sí dado al melodrama. Pero Mahler, por favor. Los mahlerianos de buena estirpe, que sí los hay, no se detienen en esas pequeñeces, no son dogmáticos. Los mahlerianos de corazón no ven en blanco y negro ni en colores. Atienden las zonas sepías, la riqueza de los grises: Gustav Mahler es un autor inabarcable, pleno de contradicciones como persona y eso en su música está todo el tiempo reflejado. Eso lo entienden los cronopios, nunca los fomas ni los esperanzas. De manera que si



Robert Schumann



Gustav Mahler

un buen anuncio comercial televisivo de un detergente recurre a un pasaje de *Las canciones de los niños muertos*, bien por el productor, y que nadie se rasgue las vestiduras, que quedarán rechinando de limpias con esa agua jabonosa mahleriana. Es más, es tal la pasión, la curiosidad, el apego, el compromiso que la música de Mahler pide, que en son de broma podemos asumir una actitud de cierto masoquismo, pues es dado ver a mahlerianos muy conocedores y muy de a veras mahlerianos en las salas de concierto cuando se programa alguna partitura del autor austriaco en México. El cierto masoquismo consiste en que difícilmente estará en el podio un director que merezca el título de Buen Director de Orquesta. Raras, muy raras las excepciones.

El mero hecho de que suene en vivo la música de Mahler constituye en sí un acontecimiento. Es tal su magia. Tanto, que las colecciones particulares de los mahlerianos contienen muchas versiones distintas de cada sinfonía. Cada director mahleriano impone improntas. Y los consensos se avivan y las polémicas también se disparan. Puritita adrenalina. Pasión en estado alquímico. Que si las versiones de Bernstein son las mejores, que si las de Solti, las de

Barbirolli, Mutti, Jascha Horenstein, Haitink, Boulez...

La ya vasta discografía de Mahler está al alcance de la mano en la Sala Margolín, a cargo de un mahleriano verdadero, que aúna a sus virtudes un elevado sentido de humildad y de auténtica modestia: el maestro Luis Pérez, aquel joven que vitoreaba a Mata en medio del éxtasis de lágrimas, aplausos, conmoción generalizada. Amante profundo del espíritu, de lo auténticamente mahleriano, y que entiende a cabalidad los alcances metafísicos de esas partituras y además conocedor de la también vasta literatura, creciente con los días, sobre lo mahleriano y de los gruesos volúmenes biográficos y ensayísticos del máximo autor y analista del tema, el musicólogo francés Henry-Louis De La Grange.

Tema hermoso el de la música de Gustav Mahler. Crece en el transcurso del tiempo y se amplía a confines inimaginables: por ejemplo, cuando el pianista estadounidense Uri Caine vino a México para celebrar el cumpleaños doscientos de Volfi Mozart, su amplísima discografía empezó a fluir con mayor profusión en México. Tiene grabadas, bajo el sello alternativo de Music Edition Winter and Winter, varias versiones

espléndidas de pasajes de la *Sinfonía Resurrección*, en particular del *Urlicht*, Luz Prístina, ese pasaje sublime, y de otros rincones hasta ahora poco visitados de las partituras del austriaco pero también de los distintos ciclos de canciones y del *adagietto* de la *Quinta sinfonía*. Son paráfrasis, glosas, improvisaciones jazzísticas, homenajes donde campea el espíritu mahleriano con su combinación única de *ethos* y de *pathos*, esa mezcla tan rara de belleza y de penumbra, alegría y sarcasmo, sonrisa y carcajada, suspiro y exhalación intestinal, entraña y corazón, caricia y chingadazo, poesía y marcha militar, baile campesino y baile de salón veneciano, aires de decadencia y vislumbres de futuro promisorio. Como pocas músicas, las que escribió Gustav Mahler condensan, decantan, aquilatan, criban, sintetizan la condición humana.

En el año que está por nacer sonará mucho Chopin, harto Schumann, mucho de los otros compositores cuyas efemérides efervercerán. De Mahler por lo pronto ya prepara la Orquesta de Minería un ciclo completísimo, que incluye canciones, obras de Alma Mahler, su esposa, y algún inédito inclusive. Mahler. Gustav Mahler. Vaya tema tan hermoso. Tan inabarcable. **U**